

Pintura de la soledad

Particularmente no me había encontrado con ningún pintor chileno cuya obra me diera tanto la impresión de "sentida", como la que ha exhibido, hace poco, el joven compatriota Nemecio Antúnez. Incluso en aquellos cuadros suyos en que podría advertirse la huella de tal o cual influencia técnica, ésta es aprovechada, siempre así, en función de un particular sentimiento, que es, en Antúnez, constante: a pesar de la diversificación de caminos que denuncia en sus óleos, así como en sus grabados.

El sentimiento central de Antúnez es la soledad. Recuerdo que a Miguel Serrano le reproché el descuido lingüístico con que escribió gran parte de su admirable obra. Ni por *Mar* ni por *Tierra*: entre los motivos que tuve, entonces, figuraba el uso de un adjetivo, nacido me parece acá en Chile: *plomo*. En lugar de emplear *gris*, escribía *plomo*. "Vida *ploma*" —dice en un pasaje—. ¡Qué injusticia la mía! No ví entonces la particular gama anímica que agrega el epíteto chileno: porque añade al color la impresión del peso. Y esto se vincula directamente con lo que hemos desarrollado, aprovechando el término del agudísimo don Diego Portales, bajo el título de *Peso de la Noche*. La pesadumbre que impone la tierra suramericana al hombre que la habita está íntegra, condensada y breve, en el adjetivo *plomo*. Antúnez sorprende, golpea, casi hiere los ojos, no con colores ardientes o vibrantes (como también muestra en otros cuadros suyos), sino con los apagados, melancólicos, herméticos colores *plomo*, *café* (¿siena, se dice en la nomenclatura de la paleta?) y negro. Por eso, en lugar de perder su vigor expresivo en los grabados a dos colores, gana en simplicidad, profundidad y elocuencia.

Hay que mirar una y otra vez sus cuadros con multitudes, con hombres del pueblo. Mirar, por ejemplo, ese grabado con juegos de *Volantines*, y esa multitud que sube *La Montaña*. Los hombres no son sino puntos oscuros en cuyo vértice superior una chispa de luz, como la llama del Espíritu que se posó sobre los Apóstoles, define la cabeza, define al ser humano mismo. ¡Cuánta soledad en el grabado de la montaña! Destacándose apenas en el cono de sombra —que proyecta la montaña misma sobre su falda, o que proyecta la multitud que asciende—, millares de puntitos, millares de hombres.

Frente a la naturaleza hostil, la soledad, la hermética soledad del hombre suramericano. Si Antúnez hubiera leído a Félix Schwartzmann en su magnífico Ensayo de Antropología Sociológica, titulado *El Sentimiento de lo Humano en América*, se sorprendería.

La profunda interpretación del sociólogo chileno parece, en veces, estar enfocando los cuadros del pintor —a quien no conoce, por lo menos hasta la fecha de la publicación: 1950—. Cuando Schwarzmann habla de Neruda, de la angustia del ser humano por expresar su diálogo con la Naturaleza, ¿no parece como que está hablando de Antúnez? Pero nuestro pintor se sorprendería aún más si leyera el libro de Serrano que hemos citado. Me he encontrado con una página que Antúnez no conoce (esta obra fue publicada en 1950 en Santiago, y nuestro pintor se encontraba entonces en Europa), y que parecería describir el grabado que hemos señalado. Oigamos a Serrano: "Estoy aquí de pie a un lado del camino. Siento cómo un viento poderoso agita los quillayes y los boldos lejanos. Junto a mí, un eucaliptus dobla su copa hasta casi tocar el suelo. De pronto, el viento se detiene y las nubes se encienden, tomando un color amarillo igual que de oro luminoso y feliz. La atmósfera se hace tibia y transparente, sonora, hueca". Y viene el pasaje preciso: "Allá, en la base de la montaña, empieza a crecer como una sombra, como una oscuridad que sube. Un grupo de gente se aproxima. Son miles de seres que semejan puntitos oscuros en la lejanía. A medida que se acercan los puedo distinguir. Adivino sus rostros atormentados por el miedo, la miseria y el agotamiento. Son mesnadas de seres que huyen. Fantasmas grises y empavorecidos. Escapan de la montaña". (...) "Y todos huyen... Allá, a los pies de la montaña, el polvo negro, la sombra siniestra ha crecido, y también se aproxima, haciendo la oscuridad. Entonces miles de voces gritan, mientras los cuerpos corren y se arrastran: ¡Huyamos, huyamos, la montaña se cae, la montaña se desplomará sobre el mar!"

¿Quién había hablado así en nuestra literatura? Nadie. Y que me vengan los críticos oficiales con "obritas" maestras (no se atreven a decir "obras"), "clásicas" de nuestra literatura, como *Mirando al Océano*, y qué sé yo. Se desatiende lo grande y se alaba lo pequeño. La mentalidad de salón de té de pueblucho sigue predominando en las esferas de la literatura y la crítica oficiales. Pero, entretanto, el público, ¿qué lee? Hagamos una encuesta, y veremos que es más exigente que los críticos. Propongo una encuesta, en las libre.

rias. ¡Cuántas sorpresas no ocurrirían!

Los Oficios, serie de grabados en que Antúnez toma como motivos una artesanía o trabajo. Tengo en casa *El Cestero*. Igual impresión de soledad, de incomunicación. Viendo a ese hombrecito, agobiado bajo los grandes y transparentes canastos, no pude menos de recordar un verso que escribí hace ya casi veinte años: "Tejedor ciego en el vacío más grande que su hilo"; se lo transmitiré a Antúnez.

Tal vez lo más curioso en la obra de Nemecio Antúnez es esta impresión de soledad que Schwartzmann analiza tan magistralmente al estudiar al hombre suramericano.

A pesar que nuestro pintor adhiere, según creo, a una ideología colectivista, las masas que pinta no expresan lo que tal vez el pintor quisiera: comunidad humana. Entendámonos. El artesano, que, encerrado con su aprendiz, en su buhardilla medieval, trabajaba amorosamente en su oficio (que amaba su oficio, pues éste no era para él oprobio sino sustento, no era humillación sino ennoblecimiento), estaba, desde esa intimidad, uniéndose de algún modo con todos los otros seres humanos, y con la materia sorda y ciega que su trabajo convertirá en forma y utensilio. Hoy no. Hoy, el obrero se junta con sus compañeros pero no se comunica. El individuo, en las grandes industrias, sea en los países capitalistas sea en los socialistas, se pierde en la masa, se desvanece, se indiferencia. La única comunión del trabajador moderno se apoya en sus objetivos primarios: la lucha política; y esto, evidentemente, teniendo por objeto sólo un fin material, no alcanza a comunicar al hombre con sus semejantes en cuanto hombre, sino en cuanto cifra.

Tal soledad dentro de la masa, también está expresada, con incomparable elocuencia y profundo énfasis, en los grabados en que Antúnez muestra al trabajador contemporáneo. Solo, frente al rimero de canastos, o confundido entre millares de otros hombres, el chileno, el suramericano, el Hombre de Antúnez se cierra en sí mismo: indiferenciado en sus dibujos de multitudes: agobiado e impotente ante la Naturaleza hostil. Y esto último es muy importante en nuestro Chile de terremotos, de angosta faja de terreno, de vivir siempre en el filo de la navaja. Define al chileno y lo determina en su ánimo, en su poesía, en su conducta. En su moral.

E. A.